

La caricatura del G7 en Biarritz

Autor: Patricio Giusto

Director de Diagnóstico Político

pgiusto@diagnosticopolitico.com.ar

La ciudad francesa de Biarritz fue sede de una nueva cumbre del G7, grupo de países que representan cerca del 60% del PBI global. Los resultados fueron muy pobres, al punto que lo más comentado fueron los entretelones y los estados de ánimo de los líderes que participaron. Recordemos que al G7 no lo integran ni China, (segunda economía mundial y crítica del grupo), ni Rusia (expulsada en 2014 tras anexar Crimea).



La cumbre se dio con el trasfondo de un Occidente que ha quedado bajo la sombra de la guerra tecno-comercial que EE.UU. lanzó contra China, hace más de un año. Esto ha hecho aumentar la incertidumbre, la volatilidad y el pesimismo global, empujando hacia la baja las perspectivas de crecimiento de la economía mundial. Para colmo, Europa cruje por el Brexit, el auge de los extremismos y los nacionalismos populistas, la crisis fiscal de sus principales economías y el terrible drama de los refugiados.

La foto de familia de Biarritz lo sintetiza todo: Allí vemos a un incómodo Donald Trump, enfrentado con el mundo por su política exterior proteccionista y aislacionista, que lo ha convertido en un factor disruptivo para la estabilidad global. La agobiada alemana Ángela Merkel, a punto de traspasar el poder a manos aún desconocidas, muy preocupada por el incierto futuro de Alemania y de Europa. El británico Boris Johnson, personaje multifacético y surrealista, quien se encamina a concretar un Brexit sin acuerdo que podría ser la ruina económica de su país.

En la foto aparece también el italiano Giuseppe Conte, quien casualmente acaba de renunciar al cargo de primer ministro, tras el colapso de la coalición gobernante. El cuadro se completa con el canadiense Justin Trudeau, figura muy marketinera de la política internacional, aunque ahora en declive, tras los escándalos de corrupción que sacudieron a su gabinete. Finalmente, el primer ministro japonés Shinzo Abe, quien se ha vuelto cada vez más dependiente económica y militarmente de su impredecible socio estratégico Trump.

El anfitrión Emmanuel Macron, quien tampoco la pasa bien en casa, se esforzó para ponerse el traje de estadista y conductor, buscando salvar la cara de una cumbre que ya lucía sentenciada al fracaso antes de arrancar. Quizás lo más significativo conseguido en Biarritz fue, precisamente, un logro personal de Macron: la sorpresiva visita del canciller iraní para intentar reflotar el acuerdo nuclear de 2015, que Trump canceló ni bien llegó a la Casa Blanca.

En lo que respecta a la Argentina, lo más relevante es que en el G7 volvieron a aflorar los desacuerdos respecto al acuerdo Mercosur – Unión Europea, tan celebrado por estas latitudes. Macron y Donald Tusk, presidente del Consejo Europeo, pusieron en duda la ratificación del acuerdo, ahora con la oportuna excusa de los incendios en la Amazonia. Ambos apuntaron al presidente Jair Bolsonaro por permitir la destrucción de sus espacios verdes. El brasileño les replicó con los rudos modales que lo caracterizan.

No caben dudas que el G7 se ha convertido en una suerte de caricatura política que poco se parece a una verdadera plataforma de gobernanza global, capaz de contribuir a resolver los acuciantes problemas globales. Principalmente, porque varios de los líderes que integran este foro están enfrentados entre sí, han perdido credibilidad frente a la opinión pública mundial y son parte responsable de esos problemas. Afortunadamente, al cierre de la cumbre de Biarritz la generosa y resolutiva billetera del G7 aportó una solución para los incendios en la Amazonia: USD 20 millones. En Beijing y Moscú esto habría provocado muchas risas.